MAS VALE TARDE QUE NUNCA

[illegible] ACTO.

DE DON JOSÉ JULIAN DE CASTRO

José Julian de
Castro

MADRID: [illegible]

[illegible]

[illegible]

MAS VALE TARDE QUE NUNCA.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

DE DON JOSÉ JULIAN DE CASTRO.



MADRID: 1867.

LIBRERÍA DE LA SEÑORA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,

calle de Carretas, número 9.

PERSONAS.

LADISLAO, *Rey de Ungría.*
FEDERICO, *general.*
LIDORO.
AURELIO.
PEREGIL.
SOLDADOS *úngaros.*

Establecimiento tipográfico de Eduardo Cuesta, calle del Factor, núm. 14, bajo.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una selva.

ESCENA PRIMERA.

Tocan cajas y clarines dentro, y dicen.

UNOS. Viva el guerrero Marte prodigioso.
OTROS Viva nuestro caudillo valeroso.
UNOS. Corone de laurel su frente altiva.
OTROS Viva el gran Federico.
TODOS. Viva, viva.

Salen FEDERICO *con plumas, botas, espuelas y baston de general;* PEREGIL *de soldado ridículo, y* SOLDADOS *úngaros.*

FED. En este ameno y deleitoso prado,
de lluvias, de jazmines salpicado,
catre de Venus, tálamo de Flora,
y gabinete hermoso de la Aurora;
pues en la perfeccion de su belleza
archivó el cielo su mayor riqueza
para hechizo del gusto delicioso:
que si en el gabinete mas precioso
los pinceles retratan los primores
de las fuentes, las aves y las flores;
aquí, donde el olor, canto y bullicio
vive lo natural sin artificio,
su lucimiento brilla en sumo grado,
lo que va de lo vivo á lo pintado.
En este, pues imperio de Amaltea,
ó ya sea pensil, ó hibleo sea,
cuya fragancia, pompa y amenura
con incesante métrica dulzura
en cánticos divierte mas suaves
la celestial capilla de las aves,
al compás de sus cláusulas sonoras
hagan alto mis tropas vencedoras;
y en union concertada,
para el insigne triunfo de la entrada,
que en la corte de Ungría me previenen,
se dispongan, se formen y se ordenen.
Puéblese el aire con marcial decoro
de jardines de seda y montes de oro,
que eleven en sus plácidas regiones
estandartes, banderas y pendones:
matice el sol, cuando desde su esfera
en las doradas armas reverbera
los grabados arneses,
los escudos, adargas y paveses:
el céfiro tremole bullicioso,
con travieso susurro presuroso,
las plumas, las garzotas, los airones,
de cimeras, de yelmos y morriones.
Toda la infantería acuartelada
desfile en dos columnas ordenada,
guarneciendo esforzados
de su militar cuerpo los costados,
de la caballería en los bridones
tantos marciales jóvenes garzones,
cuyo denuedo, gentileza y arte
dá lucimiento al sol, y envidia á Marte:
saluden con la fuerte artillería
á la insigne Metrópoli de Ungría
las consonancias del Fabonio inquietas
de pífanos, de cajas y trompetas,
que acompañen en todos sus confines
flautas, obues, trompetas y clarines,
de alborozos vistiendo el aire manso;
que no vivo, no aliento, ni descanso
hasta poner entre venturas tantas
á las augustas generosas plantas
del grande Ladislao, honor del mundo;
nuevo Alejandro, y Marte sin segundo,
para eterno blason de su memoria
el alto triunfo de esta gran victoria.
PER. Ya tus órdenes cumplen tus soldados:
mas ¿qué mucho, si vienen enseñados
á tragarse las balas de rodillas,
como si fuera un plato de natillas?
Y aun se ha visto soldado con donaire,
que viniendo una bomba por el aire,
en vez de retirarse, por no vella,
un cigarro al pasar encendió en ella.
FED. Así valientes, firmes y animosos,
coronados de timbres belicosos,
honra dan á su nombre con su acero.

PER. No hay honra mas segura que el dinero.
FED. ¿Por qué?
PER. Porque el dinero con sus salvas
noble hace ser al que nació en las malvas:
por el dinero echa sus coches bellos
quien siempre anduvo á la trasera dellos:
por el dinero hay vieja con engaños
que parece una niña de quince años;
y si salir de casa determina,
se encuentra un casamiento á cada esquina,
porque en línea de novios, si conviene,
es la que tiene mas, la que mas tiene:
y en fin, por el dinero, á coyuntura
todo se ablanda, todo se madura;
mas por sola la honra aunque se encumbre,
no he visto dar sino una pesadumbre.
FED. ¿Qué profesion mas esplendor encierra
que el arte soberano de la guerra,
donde sin los agravios de la cuna
cada uno se labra su fortuna?
¿Cuántos humildes animosos hombres
consiguieron por ella eternos nombres?
¿y cuántos héroes que el valor pregona,
con la espada adquirieron la corona?
PER. Que es evidente aquesto no argumento;
mas si yo he de decirte lo que siento,
entre tanto una bala si á uno encuentra,
que por eso la guerra no me entra.
FED. De la guerra el honor del hombre pende,
ella inflama el valor, y el pecho enciende.
PER. Que enciende á algunos nadie lo ventila,
pero tambien á muchos despavila.
FED. De la fama así obtienen la gran joya.
PER. En muriéndome yo mas que arda Troya.
FED. Ella convida á despreciar la vida.
PER. No es mala á la merienda que convida.
FED. Noble espíritu anima á los varones
que de la guerra siguen los pendones.
PER. Harta guerra en la córte, segun pasa,
tiene con su mujer el que hoy se casa,
pues así que abre el ojo á tal antojo,
no queda en paz hasta que cierra el ojo.
FED. Como hombre bajo, en fin, mostrar ordenas
la sangre que circula por tus venas.
Mas pues, ya el sol en tibios esplendores,
si no apaga suaviza sus ardores;
ya que á mi voz sobre las armas puesto
el ejército todo está dispuesto,
fuego el cañon respire, cruja el parche,
haga seña el clarin, y el campo marche.
(Váse con los soldados, haciendo la salva.)
PER. Marche, y pues en reglados escuadrones
se mueven ya los batallones,
adelantarme quiero, y muy despacio
de hoz y de coz meterme en el palacio,
que de este mundo infiel en el banquete
es el que saca mas quien mas se mete;
y así voime diciendo en voz festiva...
TODOS Viva el gran Federico, viva, viva.

ESCENA II.

EL REY, LIDORO Y AURELIO.

REY. Absorto estoy de escucharte
conspiracion tan dañosa.
LID. Señor, vuestra Magestad
mis lealtades conozca,
y como prudente evite
los riesgos de su persona.
Los populares tumultos
regularmente se forman
de imperceptibles centellas,
que si al nacer se sufocan,
con facilidad se estinguen,
se embarazan y se corran;
mas si á tomar cuerpo llegan,
cuanto examinan devoran.
Federico, gran Señor,
cuya hidrópica ambiciosa
sed de aplausos, y de honores
sus altas prendas desdora,
tiranizaros pretende
con la vida la corona.
Para este fin auxiliado
de las huestes numerosas
con que triunfante del Asia
victorioso á Ungría torna,
y protegido de cuantas
viles familias traidoras
con el presente gobierno
no se ajustan y conforman,
infielmente determina
ocupar la ciudad toda,
y hacer que nobleza y plebe
por su Rey le reconozcan,
dejando en vuestra Real sangre
su aleve cuchilla roja.
Miento, que al siniestro informe (Aparte.)
de ficcion tan cautelosa,
sola la rabia me mueve
de ver que su celo estorba
á mi ambicion que de Ungría
el Cetro en mis manos ponga,
dando muerte al Rey; mas yo
lo dispondré de tal forma,
que no pueda Federico
ser estorbo de mis glorias.
REY. ¿Y por qué medio se sabe
aquesta traicion impropia?
LID. Conjuraciones tan grandes,
que aun discurridas asombran,
preciso es que se manejen
por tan distintas personas,
que por mas que á muchas cierre
elocuente é imperiosa
la retórica del oro,
ya los labios, ya las bocas,
no faltó alguna, que viendo
á cuanto riesgo se esponga,

antes de volar la mina,
no el descubrirla disponga.
De ser cierta la conjura
varios avisos informan,
tan contestes, que en el caso
ni varían, ni discordan.
Pero qué prueba mas firme,
mas constante y mas notoria
se puede dar que esta carta,
en quien de Constantinopla
cierto ministro me escribe...
pero dígalo ella propia. (Dásela al Rey.)

REY. (Lee.) «La libertad que el general úngaro concedió á Alí Soliman, Gran Visir del Imperio Otomano, y el tránsito pacífico de sus tropas por el Danubio, á vista de las armas de aquel jefe, dieron bastante que hablar en esa córte en órden á su conducta; pero con el regreso de Soliman á ella cesaron las pláticas; pues informó á la Puerta dejaba concluido un tratado secreto con aquel general, en que se prometia hacer el reino de Ungría feudatario del Gran Señor, como éste le protegiese con sus armas, á fin de destronar al Monarca reinante, y ocupar el augusto solio. Otras circunstancias dicen que tiene esta convencion que observar; pero hasta ahora no se han podido traslucir. Quedo como siempre vuestro.»

LID. Ved si es cierto lo que digo.
Vertí toda la ponzoña: (Aparte.)
de esta vez consigo cuanto
anhela mi ansia traidora.
REY. Lidoro, yo te confieso,
que entre dudas y congojas
mi entendimiento naufraga,
y mi discurso zozobra.
Bien sabes que á Federico
ilustre sangre le informa,
pues de su clara ascendencia,
los héroes que en paz reposan,
aun en los mármoles frios,
están palpitando glorias:
criado siempre en la córte,
bien quisto en ellas, y en todas
altos empleos maneja,
que desempeña con honra.
Las veces que vuelve el turco
hácia nosotros sus tropas
y Ungría para batirle
sus tafetanes desdobla,
¿quién, sino es él, animoso
castiga su vanagloria,
coronando de trofeos
sus espediciones todas?
¿Pues cómo he de persuadirme
á que un varon, que se adorna
de escelencias tan brillantes,
y virtudes tan heróicas,
contra sí, contra su patria,
contra su sangre gloriosa,
y contra mí, que es lo mas,
igual conspiracion forma?
LID. Si no avivo aquesta llama, (Aparte.)
mis designios se malogran.
Quien á crímenes tan grandes
traidoramente se arroja,
olvida, y pospone cuanto
á sus intenciones obsta,
y de ingratitudes tales
llenas están las historias.
Vuestra vida corre riesgo,
la patria muere, y lo ignora:
yo cumplo con dar aviso,
por si á su remedio importa:
ahora lo que gustare
vuestra Magestad disponga.
REY. Para mayores empeños
solo mi prudencia sobra.
Despacha un correo al punto,
y á Federico le informa
que en los lugares vecinos
acuartelando las tropas,
venga al instante á la córte,
porque á mi servicio importa.
LID. Gran Señor, aunque parece
que no es una órden tan pronta
resolucion acertada,
solo obedecer me toca.
Si á Federico derribo, (Aparte.)
aseguro la corona. (Váse.)

ESCENA III.

EL REY, AURELIO Y PEREGIL.

REY. Dispon tú que en mi palacio
mayor guarnicion se ponga.
AUR. Así lo haré: aqueste dia (Aparte.)
el palacio ha de ser Troya. (Váse.)
REY. ¿Qué dijera de mí el mundo,
si por una venturosa
calumnia, que de la envidia
supo engendrar la lisonja,
la estátua de mi cariño
quedase deshecha y rota?
Federico es mi privado,
su prudencia me apasiona,
él gobierna mis provincias,
descansa en él mi corona;
¿pues qué hay que maravillar
que la emulacion, celosa
fiera, que habita en las cortes,
como en los montes las otras,
desquiciar pretenda el templo
de su esplendor y su gloria?
Yo apartaré á Federico

de mi córte, y mi persona,
desposeido de cuantos
honores su pecho adornan,
para ver si de este modo
la envidia se desenoja,
inquiriendo con secreto
esta novedad pasmosa,
y si en él hubiese culpa,
tiempo para el rigor sobra:
pero si, como lo creo,
venciendo las negras sombras,
que á su luz se oponen, sale
su lealtad vencedora,
juro á los divinos cielos
de hacer con él tantas honras,
que á vista de su grandeza,
los que le envidian se corran.
Pero ¿qué clarin sonoro (Clarin)
las esferas alboroza?
¿Qué es aquesto? (Sale Peregil.)

PER. ¿Qué ha de ser?
que coronado de glorias,
en este punto, este instante,
este minuto, esta hora,
el Gran duque Federico,
nuevo Marte de la Europa,
que al mismo Alejandro Magno,
le pudo hacer la mamola,
despues que veinte mil turcos
envió á cenar con Mahoma,
mas tieso que un escribano
cuando una confesion toma,
mas alegre que una viuda
cuando la sale otra boda,
y mas veloz que un casero
cuando va á coger la mosca,
de su ejército á la frente
sale, llega, marcha, trota,
corre, vuela, sube, baja,
brinca, salta, vuelve, torna,
y á ponerse á vuestros piés
viene, señor, en persona.

REY. ¿Y quién eres tú?

PER. Un soldado
de cólera tan briosa
que para matar un pollo
alborotó una parroquia. (Saca un papel.)
Pero aquí de mis hazañas
escrita traigo la historia.

REY. ¿Pues qué tus hazañas mismas
escribe tu pluma propia?

PER. Si Señor, que no está el tiempo
para fiarlo de otras.

REY. ¿Y qué hazañas son las tuyas?

PER. Muy grandes, aunque son pocas:
una, haber muerto á un cochero.

REY. ¿Y esa es hazaña?

PER. Y notoria:
que no es tan fácil matar
á un hombre de tanta monta.

REY. ¿Y por qué fué?

PER. Porque atento
me avisó en cierta camorra
que me querian prender.

REY. Fué injusticia.

PER. No hay tal cosa,
que avisar y ser cortés
á un cochero no le toca.
Otra, estando yo en campaña
ví puesto sobre una roca
un soldado amigo mio,
y sacando una pistola,
apuntándole una bala,
tiré á derribarle aposta.

REY. ¿No fué injuria?

PER. No señor,
que es lo que se estila ahora.

REY. ¿Pues si el tal era tu amigo?

PER. Por aquesa razon propia;
que hoy son los amigos como
el apóstol de la bolsa,
y hasta ver á uno caido
no descansan, ni reposan.

REY. Aun este necio en sus chistes (Aparte.)
mis dictámenes apoya.
Humor gastas.

PER. Aquí mucho.

REY. ¿Y en la guerra?

PER. Ni una onza:
porque el humor se desagua
cuando el acero se toma.

REY. ¿Y qué pretendes?

PER. Pretendo
pues mis servicios me abonan,
una plaza, que en el aire
cualquiera niño la logra.

REY. ¿Y qué es?

PER. Una alferecía,
que viene á pedir de boca.

REY. Pues yo solamente en premio
de hazañas tan generosas
un consejo quiero darte,
y es, que las marciales honras
pretendas si acertar quieres,
con la lengua de las obras,
que en el tribunal de Marte
no se habla con otro idioma. (Váse.)

ESCENA IV.

PEREGIL.

¡Ira de Dios, y qué pulgas
que gasta el Rey! ¡fuego! ¡sopla!
pero por fin, desengaña,
sin andarse en ceremonias,
en cortejos, ni funciones;
pues despues que uno malogra
toda la flor de su vida,
sin mas fruto que esta hoja,

para darle cualquier plaza,
con que la suya socorra,
le hacen antes dar mas vueltas
que la mula de una noria;
y porque nadie lo dude
vaya una pintura tosca.
Con el ardiente deseo
de ganar dinero en forma,
cosa, que si bien se atiende
en estos tiempos de ahora,
sacará de sus costillas
al tabernero de Atocha,
se mete uno á ser soldado,
religion la mas penosa,
con mas trabajo que algunas,
y menos racion que todas:
mientras hay paces, tal cual
pasa un hombre su derrota
bien, porque hay alojamientos,
hay gallinas y hay patronas;
mas declarada la guerra
empieza la bataola:
marcha allá, marcha acullá,
hoy á Argel, mañana á Roma,
pasado mañana á Flandes,
y esotro dia á Liorna.
Descúbrese el enemigo,
¡fuego de Dios, y qué tropa!
Ya se mueven las escuadras,
ya el general nos exhorta
á despreciar una vida,
como si uno tuviera otra.
Ya comienzan los cañones
á echar almendras tan gordas,
y ya trompetas y cajas
á tocarse el cuadro tocan:
aquí es ella: ¡ay Vírgen mia!
que nos cercan, que nos cortan:
ánimo, y nadie desmaye,
aunque en aquesta derrota
le hagan los sesos tortilla,
y los huesos pepitoria.
Bun, bun, bun: ¡Jesus mil veces!
¿Qué ha sido eso? no fué cosa;
una bala que á seis hombres
les hizo abrir tanta boca.
Nuestro es el dia, muchachos;
ahora es la ocasion, ahora:
á uno sin brazos le dejan,
á otro las piernas le doblan,
á otro los ojos le sacan,
y á otro envian por las costas;
nadie afloje, mueran todos,
cruja el parche y arda Troya.
Animo, que ya desmayan;
á ellos, á ellos, que aflojan:
¡qué batalla hemos ganado!
¡buen suceso! ¡gran victoria!
de esta vez á cada pobre
plaza de tambor le toca.
Acábase la campaña;
á la córte un hombre torna;
va á pretender, y en un siglo
no encuentra una buena hora;
porque despues que anda el pobre
tres años á la maroma,
corriendo por esas calles
como caballo de posta,
que solo en considerarlo
sudo la gota tan gorda,
logra... ¿qué? una racion de hambre;
y esto si acaso la logra;
mas siempre fué lo mismo
dejemos correr la bola. (Clarines.)
Pero ya segun anuncian
las dulces marciales trompas,
al salon de las audiencias,
donde su sitial coloca
el Rey, llega Federico
á ofrecerle la victoria;
y pues solamente asisten
á tan grande ceremonia
los príncipes y magnates
esta cortina me esconda,
y de ver mi atrevemiento
plegue á Dios que no se corra.
(Retírase á un lado.)

ESCENA V.

EL REY, FEDERICO, LIDORO Y AURELIO.

FED. Ínclito Monarca augusto,
en cuyos dignos aplausos
los clarines de la fama
tantas veces resonaron; (Arrodíllase.)
á vuestros piés se coloca
quien el valor emulando
de vuestro fuerte, animoso,
noble espíritu, y gallardo,
de las otomanas lunas
los celages eclipsando,
en marcial funcion reñida
digna del bronce, y del mármol,
de vuestras heróicas armas,
y vuestro nombre preclaro,
deja el crédito aplaudido,
y el honor acrisolado.
REY. Alzad.
FED. ¡Notable aspereza!
LID. Obró el veneno del vaso. (Aparte.)
REY. ¡En fin, venciste!
FED. Señor,
vuestro influjo soberano
fué quien ministró glorioso
esta victoria á mi brazo;
y pues por ser gloria vuestra
mi pecho está alborozado,
permitid que la traslade
desde el corazon al labio.

REY. Decid.
AUR. ¡Qué severidad!
PER. O en las cosas de palacio
no estoy yo aun bien cocido,
ó el Rey está mal guisado.
FED. Para la mayor batalla,
que vió el circular teatro,
ni de Neptuno en los golfos,
ni de Diana en los campos,
animó el bronce sus trompas,
previno el fuego sus rayos,
desnudó Marte el acero,
y abrió sus pórticos Jano.
Alí Soliman aquel
valiente turco gallardo,
visir de Constantinopla,
y gobernador del Cairo,
cuyas generosas sienes
tantas veces coronaron
las verdes pomposas ramas
de los laureles sagrados,
con el formidable grueso,
marcial, ruidoso aparato
de ochenta mil combatientes
entre infantes y caballos
que al Danubio caudaloso
las márgenes fatigando
de sus cristalinas hondas
los raudales agotaron:
despues de haber en sus marchas
á sangre y fuego talado
de los tesoros de Ceres
los rubios fértiles granos,
que en ramilletes de espigas
fueron del céfiro halagos,
desvanecido y soberbio
sitió animoso á Belgrado,
plaza la mas importante
de Ungría, pues refrenando
de las otomanas huestes
los ímpetus temerarios,
es la llave de la Europa,
y su antemural resguardo.
¡Oh jamás el tiempo llegue,
que sus muros ocupando,
de Europa logre la Puerta
tener la llave en la mano!
El celo, ánimo, constancia
y arder con que los sitiados
rebatieron vigorosos,
y valientes rechazaron
sus furiosas baterías,
y generales asaltos,
de Soliman las ideas
totalmente disiparon:
en cuyo tiempo la Ungría
un ejército formando
de treinta y cinco mil hombres,
número, que bien mirado
al contrario superaba,
aunque inferior al contrario;
pues para el valiente esfuerzo
de cada úngaro bizarro,
con ser tantos los infieles,
aun no eran bastantes tantos:
y fiando á mi valor
de general suyo el cargo,
honra que dejó mi pecho
temeroso y asustado,
porque empleo tan glorioso,
porque honor tan soberano
no consiste en adquirirlo,
sino es en desempeñarlo;
me ordenó, que diligente,
todas las marchas doblando,
sobre las bárbaras tropas
apostase mis soldados,
donde á una campal batalla
las empeñase bizarro.
Ejecutélo celoso,
y aunque el lance era arriesgado,
por consistir de la empresa
el suceso bueno ó malo,
en diligencia y secreto,
difíciles medios ambos,
desvaneciendo imposibles,
tan cerca nos acampamos
del turco, que sus trompetas
al romper el dia claro,
se bebieron todo el ambar
que las nuestras respiraron.
No se durmió Soliman,
aunque le sorprendió el caso
que uno es admirar el cuerdo
y otro prevenir el sábio;
y así, dividiendo al punto,
su ejército dilatado
en dos numerosos cuerpos,
al uno dejó encargado,
que reprimiese animoso
el teson de los sitiados;
y con el otro tendido
en dos alas sobre el campo,
para admitir la batalla
se dispuso atrincherado.
Jamás al verse los dos
ejércitos afrontados
de la sombría alameda,
entre los floridos cuadros,
para delicia y recreo
de los sentidos humanos,
se pudo proporcionar
objeto mas delicado;
pues el céfiro travieso
blandamente tremolando
las plumas de los airones,
de los yelmos los penachos,
hechos pensiles los vientos
de pabellones lunados,
de militares banderas,

y de pendones cruzados,
sembrada la verde selva
de vivos árboles blancos,
en la Arcadia producidos
y á la Europa trasplantados;
crugiendo el parche ruidoso,
fogoso el cañon bramando
entre armonías de Venus,
de Palas entre aparatos
infundiendo nuevo aliento,
nuevo espíritu engendrando;
y el sol en las blancas armas
luciendo y reverberando,
ofrecieron á los ojos
el mas insigne, el mas raro,
maravilloso, escelente,
dulce espectáculo grato,
que vió Roma en sus antiguos
famosos anfiteatros.
Prevenida, pues, la gente,
y ardiendo ya todo el campo
en la marcial impaciencia
de venir presto á mis manos,
habiendo los capitanes
á sus tropas exhortado
á menospreciar la vida
para conseguir el lauro,
haciendo señal las cajas,
y el último órden dado,
empezó la artillería
á inundar el aire vago
de basilíscos de plomo,
y de abrasadores rayos,
á cuyo ironante estruendo,
á cuyo horroroso estrago,
las bóvedas del abismo
crugieron y resonaron.
En esta primer descarga,
las vidas sacrificando,
furiosamente rompimos
su gran guardia de á caballo,
cargándola de tal modo,
que al retirarse, encontrando
de su ejército la frente
en dos líneas ordenado,
la desbarató de modo
con su interior sobresalto,
que antes que á ocupar volviese
el puesto desamparado,
dos batallones de turcos
poner en fuga logramos.
Así principió este dia
por uno y por otro campo
la accion que hará en las historias
eterno vuestro reinado.
No así en las oscuras noches
del frígido invierno helado
se desprende de los aires
sobre los altos collados,
espesa, menuda copia,
tupido vulgo cuajado
de mariposas de nacar,
ó de estrellas de alabastro,
como infestando los vientos,
rápidos se despojaron,
de fuego y metal volcanes,
áspides envenenados,
melancólicos cometas,
que produjeron infaustos
la muerte de cuantos pudo
inficionar su contagio,
siendo tanto el fuego vivo,
que abortó el sulfúreo parto
de los ardientes vesubios;
de los mongibelos vagos,
que el sol en su quinto cielo
del calor abochornado,
iba á padecer confuso
tan pavoroso desmayo,
que fué menester, que al verle
de tanto ardor sofocado,
las plumas de las cimeras
abanicasen sus rayos;
y aun temerosos quizás
de que infantes tan gallardos
declarándole la guerra
le echasen del solio abajo,
se escondió medrosamente
de tetis en los estrados,
para que ella le amparase,
si le seguian los pasos.
Proseguia la batalla
con teson tan porfiado,
que aunque el Dios Marte en su trono
tenia ya preparado
el laurel para la frente
del que venciese al contrario,
rehusó darle á ninguno
de las dos partes instado,
de unos y de otros confuso
y de todos admirado.
En la suspension dudosa
del marcial éstasis, vario
estaba el campo, teniendo
la fortuna en igual grado,
cuando á Soliman distingo
en un albanés caballo,
monte vestido de pieles,
y de azabache peñasco.
La lanza enristré, le busco,
y hácia él con denuedo parto;
pero el turco valeroso
la fuerte adarga embrazando,
batió el encuentro, y del golpe
tan altas los dos echamos
las dobles erradas lanzas,
que al romper el azul claustro,
subiendo hastillas de pino,
flechas de carmin bajaron.
Al segundo choque fué

Soliman mas desgraciado,
pues traspasando mi acero
su bruñido arnés grabado,
peligrosamente herido
se desprendió del caballo,
donde del turbante rojo
la pedrería saltando,
mullido catre le forma
de diamantes y topacios,
y rindiéndose á mi esfuerzo,
á las tiendas le llevaron,
en donde mandé que fuese
celosamente curado;
porque honrar al enemigo
ha sido siempre acertado.
Preso el general, sus tropas
de tal modo desmayaron,
que por mas que Muley Xeque,
que era el comandante ó cabo
del cuerpo que sostenia
el sitio, vino á su amparo,
tanta era la confusion,
el miedo y el sobresalto
que no atendieron las voces
con que procuró animarlos,
pues en vergonzosa fuga
la funcion desampararon.
Así de las corbas hoces
á los hierros afilados
la cerviz doroda inclinan
las rubias mieses del campo,
como de nuestros soberbios
desnudos alfanges blancos,
víctimas fueron los tristes
infieles acobardados.
Era la medrosa noche,
cuyas sombras duplicaron
del humo y del polvo espesos
caliginosos nublados:
y aunque su lobreguez mustia
nos estaba convidando
á esterminar á los turcos
deshechos y derrotados,
que por un estrecho puente
el Danubio repasaron;
y en donde el temor á muchos,
que los cortaba los pasos,
dió monumentos de espumas
con trasparente epitafio:
receloso en aquel lance
de los fatales acasos
que de la noche las sombras,
tal vez han ocasionado
hacer la puente de plata,
determiné lo contrario;
y así toqué á retirar,
vuelta á los cuarteles dando,
en donde supe que el oro,
retóricamente sábio,
persuadió con eficacia
á los infieles soldados,
á quienes de Soliman,
la custodia habia fiado,
á que en un ligero bruto
le hiciesen poner en salvo:
noticia que engendrar pudo
en otros algun cuidado;
pero en mí no, pues si miro
que en venganza de su agravio,
vendrá mañana, trayendo,
nuevo ejército á su cargo,
y esto ha de ceder en gloria
de nuestro valor gallardo,
razon es que vuelva libre
quien nos favorece tanto.
A la mañana siguiente
reconocimos el campo,
en donde fué tan copioso
el número estraordinario
de militares pertrechos,
de bélicos aparatos,
y de importantes tesoros,
que en sus cuarteles hallamos,
que escedió de nuestra idea
los senos imaginarios;
por cuya razon las tropas
en jubilosos disparos
al gran Dios de las batallas
reverentes saludaron,
dándole gracias humildes,
finos, gozosos y ufanos,
porque fió de nosotros
al castigar esforzados
á los que su santo nombre
tantas veces injuriaron.
Este aplauso generoso,
este vencimiento raro,
esta singular victoria,
este triunfo soberano,
ni es vencimiento, ni es triunfo,
ni es victoria, ni es aplauso,
para quien brioso espera
de su valor inflamado,
oscurecer la memoria
de los héroes otomanos,
rompiendo sus medias lunas,
y de cruces coronando
de sus elevadas torres
los chapitales dorados,
hasta conseguir que sea
su imperio del nuestro esclavo,
y la gran Constantinopla,
corte del mundo cristiano;
porque vuestro nombre augusto,
siempre pío, y siempre claro,
en caractéres de bronce,
en láminas de alabastro,
á los venideros siglos
logre quedar estampado.

AUR. ¡Gran batalla!

PER. ¡Noble empresa!
LID. De envidia y cólera rabio; (Aparte.)
mas la carta hará su efecto,
pues conviene con el caso.
REY. De principio mi cautela
al designio meditado. (Aparte.)
PER. De esta vez me hacen alférez,
ó capitan de caballos.
REY. Federico, los trofeos
de que venís coronado,
que sois buen capitan muestran,
pero desleal vasallo:
y pues los piadosos cielos
de revelar se han dignado
de vuestras inteligencias
los mas ocultos arcanos,
del mando desposeido,
del empleo exhonorado,
de mi palacio salíos,
de mi corte retiráos,
si no pretendeis soberbio,
atrevido y temerario
que contra vuestra cabeza
esgrima mi ceño airado,
justo decreto, que firme
el acero, y no la mano.
¡Ay Federico! perdona (Aparte.)
á mi cariño este agravio. (Váse.)

ESCENA VI.

FEDERICO, PEREGIL, LIDORO Y AURELIO.

FED. ¡Divinos cielos qué escucho!
PER. ¡Buenos habemos quedado!
por Dios que la alferecía
se fué á dolor de costado.
LID. Duque, pues su magestad
se mira tan irritado,
sin duda que á sus enojos
grande motivo habeis dado:
riguroso es el castigo,
mas con justica aplicado
á quien traidor pone en venta
la vida del soberano.
Ea, ambicioso deseo (Aparte.)
ya el primer triunfo has logrado.
(Vase por donde se fué el Rey, y quiere detenerle Federico).
FED. Aguarda, Lidoro, escucha,
que mi honor...
PER. Echale un galgo:
ten paciencia que ahora empiezas
á beber aquestos tragos.
AUR. Federico, yo no creo,
que vos hayais intentado
oscurecer vuestras glorias
con lunares tan infaustos:
lo que creo es que la envidia,
vívora de los palacios,
en sus venenosas garras
pretende despedazaros:
cosas son de la fortuna,
y así, señor, conformaos,
que el tiempo todo es mudanzas,
hoy dichas, mañana agravios. (Váse.)

ESCENA VII.

PEREGIL Y FEDERICO.

PER. Este habla bien, pero escapa;
porque en cayendo un privado,
todos le tiran, y todos
huyen de él como del diablo
FED. ¡Ay infelice de mí!
llegó de mi muerte el plazo.
PER. ¿Qué es esto, señor, qué es esto?
FED. Que ha de ser, que desplomado
de mi privanza el robusto
instable edificio vago,
se desprende pavoroso
la gran máquina arruinando,
en quien la fortuna quiso
coronarme de sus lauros.
Ya se apaga este lucero,
ya se humilla este peñasco,
ya se desmaya esta rosa,
ya se disuelve este rayo,
y ya en fin aquesta nave,
corre al último naufragio.
¡Ah fortuna, cuán volubles
son sus mentidos halagos!
A Dios, militares glorias,
á Dios, bélicos aplausos,
á Dios, baston abatido,
á Dios, laurel deshojado,
á Dios, procelosa corte,
patria cumun del engaño,
á Dios, que ya de tu centro
lleno de congojas salgo.
¡Yo de traidor convencido!
¡de desleal yo ultrajado!
Eterna será la vida
que al oirlo me ha sobrado.
¿Pero qué es lo que pronuncio?
¿Cómo infiel conmigo hago
de plática tan odiosa
cómplice indigno á mi labio?
Empañen tupidas nubes
el brillante cielo claro
de mi lealtad, que es mas pura
que ese blandon de los ástros:
que alguna vez, pues el cielo
no permite los agravios,
saldrá el sol de mi inocencia
de tan oscuros nublados
á disipar los vapores
que la envidia ha condensado:
y hasta que amanezca el dia

de tan ciertos desengaños
lloremos, ojos, lloremos,
sintamos, penas, sintamos. (Váse.)
Per. Ayer, que para sus cosas
necesitó el Rey á mi amo,
de mercedes y grandezas
le llenó de arriba á abajo;
y hoy que no le necesita,
le envia á espulgar á un galgo:
y si esto hace un Rey, señores,
¿qué hay que fiar de un indiano?

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Dentro voces en distintas partes.

Unos. Ataja, que dando el aire
volantes rizadas flechas,
herido el jabalí, busca
en el monte su defensa.
Otros Seguidle todos, seguidle
antes que al prado descienda.
Unos. A la cumbre.
Otros A la espesura.
Unos. Al monte.
Otros Al valle.
Todos A la selva.

Salen Federico y Peregil *de caza.*

Fed. Peregil, pues el estruendo
de las ruidosas inquietas
dulces venatorias salvas,
que la verde region pueblan
de este enmarañado bosque,
cuya fragosa maleza
los cristales del Danuvio
bulliciosamente riegan
publica que á los confines
de su matizada esfera
para el Rey nuestro señor,
cuya vida al ave esceda,
que el mauseolo de rosas
trasforma en cuna de perlas,
en tan deliciosa tarde
la batida está dispuesta.
Ya que el venenoso ceño
de esta injusta deidad necia,
á quien dieron los gentiles
adoraciones y ofrendas:
la fortuna, en fin, que airada
en mí sus rigores prueba,
me desvanece la gloria
de que yo su rostro vea
desde aquel infausto dia
en que contra mi inocencia
abortó la envidia todo
el volcan de su fiereza,
dejando para otro tiempo
la grata diversion nuestra;
separados del bullicio
demos á la quinta vuelta.
Per. Por mí vamos al instante
á la quinta, ó á la sesta:
porque yo estoy á la cuarta
y van ya á tocar á tercia.
Fed. ¿Posible es que no te guste
de la caza la tarea?
Per. ¿La caza? ¡Jesus! los dedos
me suelo comer tras ella.
Fed. ¿Cuándo?
Per. Cuando está en el plato
con su sal y su pimienta.
Unos. (Dentro.) Por aquí, por aquí baja.
Lid. Disparedle.
Todos Muera, muera.
Rey. (Dentro.) ¡Jesus mil veces, Jesus!
Per. Otra música es aquella.
Aur. (Dentro.) Acudid, acudid todos,
que al Rey por inadvertencia,
herido el caballo, arroja
desde las mas altas peñas.
Unos. ¡Qué lástima!
Otros ¡Qué desdicha!
Unos. ¡Qué sentimiento!
Otros ¡Qué pena!
Per. Señores, ¿no esfuerte cosa
que entre Reyes y Princesas
siempre paren en despeños
las cazas de las comedias?
Fed. ¿A qué mi valor aguarda,
que á socorrer no me lleva
del Monarca mas heróico
la mas infausta tragedia? (Váse.)

ESCENA II.

Peregil.

Esto si, hazte pedazos
por librarle de la quema,
y que todos sus amigos
se estén con la boca abierta;
pero en viendo el riesgo al ojo,
el mas amigo la pega.
Malo es aquello: el caballo
al Rey precipitó en tierra,
y enlazado del estribo
le arrastra, hiere y golpea:
aunque disparado corre
atina con la vereda;
porque hoy el que mas dispara,
es el que mejor acierta.
Pero mi amo á las salidas
le va cogiendo las vueltas:
no corre tanto en Madrid
junto á la casa profesa
el alquiler de una casa,
como él los pasos aprieta:
ya se le pone delante,
ya en detenerle se empeña,
ya desnuda el blanco acero,
ya las rodillas le quiebra,
y el que antes gastaba plantas,
hoy ya no puede echar piernas:
ya el Rey, que está desmayado
del estribo desenreda,
ya en sus hombros le recibe:
¡fuego de Dios como pesa!
parece por lo rollizo
panadero de Ballecas:
¿iré á ayudarle, señor?
sí, que en este caso es fuerza;
pero no quiero que digan
que se ejecutó la fiesta
con ayuda de vecinos,
que será geringa y media.
Ya de las peñas le libra,
ya por el bosque le lleva,
y despues de estas andanzas
ya le trae á mi presencia.

ESCENA III.

Dicho y Fedrico, *que trae al Rey sobre sus hombros, y le reclina en una peña que habrá en el teatro.*

Fed. Volved ya, señor, volved
del estasis que enagena
sus operaciones sábias
á vuestras nobles potencias:
ved que pendiente del susto
está la Ungría suspensa,
y del dolor traspasada,
ni aun los suspiros encuentra,
no la helada sangre al mundo
prive de alma tan perfecta,
pues para vivificarla
daros sabrá mi fineza
todo el calor de mi pecho,
todo el carmin de mis venas.

Per. ¡Miren qué paso tan tierno
si con una dama fuera!
mas con damas tales pasos
al mas recoleto alteran.

Fed. ¡Ay de mí, que poseido
de la rígida violencia
del accidente, que cubre
sus ojos de noche eterna,
aun no dá señas de vida!

Per. Me rio yo de esas señas;
mugeres he visto yo
que han estado con la vela,
y luego han despavilado
maridos como gragea;
mas una gran cosa logra
el Rey si se muere de esta.

Fed. ¿Y cuál es?

Per. El libertarse
de médicos y recetas,
que para ir al otro mundo
son las postas mas ligeras.

Fed. Calla, loco, que no es (Dale.)
ocasion de burlas esta.

Per. ¿Burlas? mal año en las burlas,
que á mí se me han vuelto veras.

Fed. Anda, llégate á la quinta,
y dispon con diligencia,
que para llevar el cuerpo
envien una litera,
mientras yo de aquella fuente
(que si ayer clara y risueña
venturas de amor cantaba,
hoy fúnebre y lastimera
con sollozos de cristal
esta desgracia lamenta)
voy por agua, pues no basta
la que mis ojos anega. (Váse.)

Per. Está muy bien: voy corriendo,
ya que hoy en esta selva
la carrera del caballo
nos hace andar á carrera. (Váse)

ESCENA IV.

El Rey y Lidoro, *de caza.*

Lid. ¡Qué débiles en el mundo
son de los hombres las fuerzas
cuando el cielo no se pone
de parte de sus ideas!
Dígalo yo, que aspirando
á trono, cetro y diadema

de Ungría, á costa de tantas
sediciosas turbulencias,
resolví dar muerte al Rey
en lo oculto de estas breñas;
para cuyo fin dispuse,
que al ir siguiendo las fieras,
un montero, á quien el oro
animó para la empresa,
un tiro le disparase,
como que fué inadvertencia:
pero el cielo que hoy airado
mis máximas desordena,
permitió, que errado el tiro,
tan solo al caballo hiriera;
y aunque asombrado del golpe
al Rey precipitó en tierra;
y del estribo pendiente
le emboscó por la maleza,
hasta perderle de vista
toda su familia regia,
que acobardada del susto
por varias partes se ausenta,
menos yo, que deseando
ver al fin de su tragedia,
discurrí el frondoso bosque,
y en su intrincada aspereza
encontre al bruto, manchando
de corales las arenas;
temo... ¿Mas qué es lo que miro?
¿es ilusion de la idea?
¿no es el Rey aquel que yace
reclinado en una peña,
de un trágico parasismo
entregado á la violencia
que su corazon oprime?
él es, ó mienten las señas.
Propicia ocasion me ofrece
la ambicion que me alimenta
para quitarle la vida,
sin que ninguno lo entienda:
sea, pues, este puñal (Saca un puñal.)
instrumento de su ofensa;
mas por si acaso es fingido
el desmayo, será fuerza
que llegue con disimulo
á asegurar mi sospecha.
Señor invicto...

Rey. ¡Ay de mi! (Vuelve en sí.)

Lid. A la vaina el puñal vuelva,
pues aquí ya es imposible
que yo darle muerte pueda.

Rey. ¿Qué es esto, cielos divinos?
¿dónde estoy? ¿quién me despierta
del pavoroso letargo
que del golpe á la violencia
adormeció mis sentidos
cuando al cruzar la maleza
del bosque hirió mi caballo
de fuego una veloz flecha?

Lid. ¿Quién sino es yo, gran señor,
quién; sino es yo, ser pudiera
el que olvidado de cuanto
amable la vida sea,
supo abandonar la suya
por librar, señor, la vuestra?
(para no perder su gracia
válgame una estratagema)
pues viendo que inobediente
al imperio de la rienda
disparado el feroz bruto,
por la fatal contingencia
de aquel desmandado tiro,
os arroja y os despeña,
veloz le salí al encuentro,
y abatiendo su soberbia
de su sangre en el mar rojo
hice que ahogado muriera.

Rey. No en vano, Lidoro amigo,
tus lealtades grangean
tanto lugar en mí pecho,
como mi cariño muestra,
pues solo á tu bizarría
debo tan grande fineza:
y así de primer ministro
á la dignidad suprema
te elevo.

Lid. Por tantas honras
tus plantas mi labio besa.
¡Ah, quién pudiera rabioso (Aparte.)
darte la muerte sangrienta!

Rey. ¿Qué dices?

Lid. Que vuestra vida
los cielos hagan eterna.

ESCENA V.

Dichos, Federico, *con agua*, Aurelio y Peregil.

Fed. Aquí quedó: ¿mas qué miro?
mil veces enhorabuena
sea el venturoso instante
en que venciendo las nieblas
que vuestro sol eclipsaron
en tan lúgubre tragedia,
restituyais los candores
de sus claras luces bellas
á los montes, á los prados,
á los riscos, á las selvas,
que tristemente lloraban
de tanto esplendor la ausencia.

Per. (Sale apresurado.)
Ya en la quinta... ¿mas qué veo?
fustróse la diligencia:
y pues ya el Rey está bueno,
voy á decir que no vengan:
fiense ahora en congojas,
desmayos y pataletas,
y mas de damas al uso,
que de prevencion los llevan;

y en medio de una visita
suelen ensuciar la fiesta. (Váse.)

ESCENA VI.

El Rey, Federico, Lidoro y Aurelio.

Rey. ¿No os he dicho Federico,
que no entreis á mi presencia?
Fed. Nadie como yo, señor,
vuestros preceptos venera;
pero tampoco ninguno
hay que en el amor me esceda
de vuestra augusta persona:
y así teniendo la pena
de ver que precipitado
con la herida que le aqueja
el indómito hipogrífo,
que de los del sol fué afrenta
os despide de la silla,
y arrastra sobre el arena,
dándole muerte animoso,
evité señor, la vuestra.
Lid. ¡Oh envidia, que aquesto escuche! (Ap.)
rabio de enojo y de pena;
pero aquí me es conveniente
que el Rey su verdad no crea.
Rey. ¿Con que vos me librasteis
del riesgo?
Fed. Aunque no es fineza,
para quien otras mayores
por vos tiene, señor, hechas,
permitidme y dispensadme
que me glorie de aquesta;
porque cuando un infeliz
la fortuna lisongea
con tan altas proporciones
de acrisolar su inocencia,
desvanece en ocultarlas
la dicha de poseerlas.
Lid. ¿Pues cómo, traidor, villano,
engañosamente intentas
atribuirte la gloria
que á mí el cielo me dispensa?
Fed. Como yo tan solo he sido
dueño de accion tan escelsa;
si bien es verdad, Lidoro,
que si yo sabido hubiera,
que tú de méritos mios
labrar tu fortuna ordenas,
enmudeciera mi labio,
porque á mi lealtad suprema
lograr la empresa le basta,
y mas que el premio se pierda.
Lid. Quien digere... (Empuñan.)
Fed. Quien pensare...
Rey. Basta: ¿cómo en mi presencia
teneis atrevidamente
osadía tan resuelta?
Lid. Señor...
Fed. Señor...
Rey. Ea, basta:
y este duelo se suspenda,
que bien sabe mi cariño
á quien la vida le deba.
Cielos, ya se ha descifrado (Aparte.)
el enigma y la sospecha:
Federico es traidor, puesto
que los méritos se agrega
de Lidoro, para ver
si en premio de tal fineza
le restituyo á mi gracia
para lograr sus ideas;
pues ya no hay mas que esperar,
castíguele su soberbia.
Federico, ayer os dije, (A él.)
que jamás á ver volvieras
mi rostro, si no queriais
irritar mas mi clemencia:
y pues no habeis respetado
hoy mis órdenes supremas,
desde mañana mi enojo
os estraña, os destierra
de mi reino, y solamente
os perdona la cabeza;
porque cuando el Gran Señor
á Ungría á conquistar venga
la corona que os ofrece,
tengais adonde ponerla.
Venid los dos, que ya es tiempo
de que á la quinta me vuelva,
porque el susto y la caida
algo indispuesto me dejan,
y hasta mañana á la corte
mi regreso es bien difiera. (Váse.)
Aur. Tus mandatos obedezco. (Váse.)
Lid. Lográronse mis cautelas. (Váse.)

ESCENA VII.

Federico.

¿Esto mas cielos divinos?
¿dónde, dónde habrá paciencia
para ver que se trasformen
mis servicios en ofensas,
mis méritos en agravios
y en desdoro mis finezas?
¿Traidor yo, cuando latiendo
está en mis heróicas venas
el brillante honor de tanta
esclarecida ascendencia?
¿Traidor quién sacrificando
su vida y su inteligencia,
ya en los regios gabinetes,
ya en las marciales palestras,
á los dardos de la envidia
y del cañon á las flechas
gloriosamente sostuve,
Atlante de mis firmezas,

de Ungría el robusto imperio,
que ya se venia á tierra
á los incesantes golpes
de las huestes sarracenas?
Y en fin, ¿traidor yo, que viendo
del Rey la desgracia fiera,
en alas de mi cariño,
que á las del viento superan,
ya que no puede evitarla,
logré al menos suspenderla?
¿Mas cuando, cuando en el mundo
de este modo no se premian
los corazones leales,
y las justas inocencias?
¿Qué haré en tantas aflicciones,
desventuras y miserias?
¿Quién me refugiará, viendo
en mi semblante mi afrenta?
Pero ya, pues de mi honor
corre la nave tormenta,
piérdase todo, ó consiga
hallar el puerto á que anhela.
De mi quinta á la del Rey,
que de la familia nuestra
fué mucho tiempo, hasta tanto
que á su Magestad escelsa
la dió mi difunto padre,
una oculta mina llega,
que para varios intentos
se fabricó con cautela;
y que ignorada de todos,
por escondida y secreta,
me ofrece el paso seguro
hasta una curiosa pieza,
en donde el Rey por las noches,
cuando en la quinta se hospeda,
como este dia sucede,
en los libros se recrea:
por ella esta noche intento,
sin que el riesgo me estremezca:
subir á hablarle animoso,
pues consigo en tal empresa,
ó que mis lealtades viendo
por mi inviolado honor vuelva,
ó que irritado de ver
mí atrevida inobediencia,
mande que me den la muerte;
pues vengo á lograr en ella
que cesen mis sentimientos,
que mis ansias se suspendan;
y en fin, que de una vez pase
mi lealtad y mi inocencia,
todo el mar de las congojas,
todo el golfo de las penas. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

PEREGIL.

En fin, despues que nos hizo
estirar los cordobanes,
volvió el Rey del acidente
que le apretaba el gaznate,
con que quedaron asperges
clérigos y sacristanes:
hizo bien en no morirse,
aunque el doctor lo mandase;
porque si viera un difunto,
por consuelo de sus males,
lo que en su casa sucede
así que del mundo parte,
habia de echar de rabia
las tripas y los cuajares.
Mas pues estamos despacio,
y no nos inquieta nadie,
para divertirnos vaya
una pintura de lance.
Apenas cierra los ojos
el enfermo á los arranques
de la muerte, ó del doctor,
que todo es uno en romance
(pues donde un médico entra
al punto un difunto sale)
abren tanto ojo los hijos
viendo la herencia delante,
y la mujer de alegría
está que danza en el aire.
Descerrajan los baules,
y los escritorios abren:
si dejó mucho, buen hijo:
si dejó poco, mal padre:
si hay talego, era un bendito,
un siervo de Dios, un ángel:
mas si no le hay, era un bruto,
un perdido, un alarbe;
aunque por mucho que deje
todo poco se les hace:
y mientras ellos gozosos
echan á la mosca el guante,
el inocente difunto,
tendido como un alarbe,
está sufriendo las vueltas
de una vieja perdurable,
que al coserle la mortaja
le atenacea las carnes,
y de los sepultureros
los golpes inaguantables,
pues del primer pisonazo
todos los sesos le abren:
¿y la viuda? haciendo el mau
con sollozos y con ayes,
y el corazon mas alegre
que una escuela de danzantes·
vestida toda de luto,
cédula, que dice al aire:
aquí se alquila una boda,
el que quiera, que no tarde.
Viene luego una parienta,
con seis docenas de pages,
no para darla consuelo,

sino solo para hartarse
de dulces y de bebidas,
melindres y chocolate;
y la dice: ¡Ay hija mia!
contémplote en este lance
traspasada de dolores:
ello la pérdida es grande,
¿qué se ha de hacer? Dios lo ha hecho,
es menester conformarse;
mañana iremos nosotros:
este mundo ya se sabe
que no dá de sí otra cosa:
hija no hay que acongojarse.
Viene despues un usía,
de estos que viven del aire,
dando pésames por fuerza,
y enhorabuenas de valde,
y frunciendo los hocicos,
estático de semblante,
la dice: acompaño á usted
en el sentimiento grave
de la muerte de don Pedro:
¡qué galan era! ¡qué afable!
¡qué cortés! ¡qué bien hablado!
¡qué prudente! ¡qué galante!
pues á liberal (¡Jesus!)
no le ganaria nadie:
y cuando daba un ochavo
le cascaba un mal de madre.
Ay, señores, dice entonces,
la viuda con dos mil sales:
yo no sé como estoy viva
con pérdida semejante!
¿Quién me recogerá, quién?
ya yo me quedo en la calle.
Ay, señorita, responde
el usía galafate,
vaya, que no faltará
quien á llevar se prepare
de tan hermosa prebenda
la dulcísima vacante.
¿Quién me ha de querer á mí?
¡Ay, Jesus, qué disparate!
Pues, señora; hablemos claros:
si mi amor... pero esto baste:
¿usted quiere? Si señor:
pues al instante, al instante:
y de este modo en un punto,
sin enfriar el cadáver,
lo que era entierro ya es boda,
y el llanto se vuelve en baile;
¡oh cuánto de esto sucede
en Madrid, y en otras partes!
Mas, pues, ya mi amo á la quinta
habrá tomado el portante,
y ya el Rey entró en la suya
voy diligente á buscarle,
que á las horas del comer
no es bien que un criado falte. (Váse.)

ESCENA IX.

LIDORO Y AURELIO.

LID. Aurelio, cuando los Reyes,
que son de Dios viva imágen,
y por lo mismo propensos
mas á derramar piedades,
que no á fulminar rigores,
toman providencias tales;
¿quién duda, que es el motivo
tan poderoso, y tan grave,
que no deja en su justicia
puerta á las benignidades?
y así tened entendido
en suceso tan notable,
que pues ayer demostrando
la estimacion que de él hace,
colmó el Rey á Federico
de honores y dignidades,
y hoy, despojado de todas
sus grandezas singulares,
le destierra de sus reinos
con severidad tan grande,
para esta accion rigurosa
causa habrá tan dominante,
que de la clemencia anule
las dulces leyes suaves.

AUR. ¡Ay Lidoro! yo creyera
esa opinion sin exámen
á no saber claramente,
que en los palacios reales;
golfo que abriga tormentas,
y ofrece serenidades,
de la emulacion rabiosa
á los furiosos embates
fracasan las inocencias,
y peligran las verdades.
Feliz el que separado
de su turbulenta márgen,
goza de una paz benigna
las dulces tranquilidades!
y desdichado de aquel,
que en tan halagüeña cárcel
arrastra cadenas de oro,
grillos rompe de diamantes:
pues espuesto á los rencores
de algun vil traidor cobarde
cuanto mas al solio asciende,
mayor caida le abate.

LID. Eso es decir, que el suceso,
de su tragedia notable,
se origina de que alguno
(mal puedo disimularme) (Aparte.)
envidioso de sus glorias,
tiró acaso á derribarle?

AUR. Es muy cierto: y si yo hubiera
de mostrar con realidades
la opinion á que me inclino,

dijera que en aqueste lance...
LID. ¿Qué?
AUR. Que vos sois el traidor,
que la fama le quitasteis.
LID. ¿A qué mi furor aguarda?
Muere, aleve, (Riñen.)

ESCENA X.

DICHOS Y EL REY.

AUR. Muere, infame.
REY. ¿Qué es aquesto?
LID. ¿Qué ha de ser?
que ese desleal cobarde
murmura de vuestras leyes
los preceptos inviolables,
diciendo que es injusticia
que á Federico se trate
con rigor; y que sin ello
persiste vuestro dictámen,
en venganza de su injuria
sabrá verteros la sangre.
AUR. Señor...
REY. No me digais mas.
AUR. Advertid, que yo...
REY. Ea, baste,
que sabré al que soberbio
torres fabrique en el aire,
antes que su fin consiga,
la cabeza derribarle.
AUR. Yo sí...
REY. ¿Qué aun tienes aliento,
villano, para mirarme?
Vete ya de mi presencia,
y agradece á mis piedades,
que en un público cadahalso
no tus designios ataje.
AUR. ¡Qué esto se consienta, cielos!
¡Ah traidor abominable,
aunque me cueste la vida,
de tí tengo de vengarme! (Váse.)

ESCENA XI.

EL REY Y LIDORO.

REY. Tú, Lidoro, claro espejo
de la verdad mas constante,
los brazos me dad por tantas
finezas imponderables.
LID. ¿Señor, á mí tantas honras?
REY. Otras mayores te caben,
pues á tí solo te debo
con fidelidad tan grande,
la vida, y sobre la vida
todas mis felicidades. (Váse.)

ESCENA XII.

LIDORO.

Cielos, ya vá á descubrirse
la artificiosa, la grave
máquina, que los rencores
de mi ambicion insaciable
labrar supieron á impulso
de cavilaciones tales:
¿qué mas feliz coyuntura,
qué ocasion mas favorable
para lograr la corona
la fortuna puede darme?
Ya el Rey en su gabinete
(pues del golpe de esta tarde
se halla tan restablecido,
que no ha querido acostarse)
estará solo, gozando
de la lectura agradable
de los libros, cuyo estudio
corona el desden de Dafne:
y pues yo de él, por mi empleo,
tener consigo una llave,
darle la muerte dispongo,
y despues... mas cosas tales,
hasta que el tiempo las cuente,
justo es que el lábio las calle.
Fortuna propicia, siempre
mis designios amparaste:
en este me vá la vida,
no tu proteccion me falte. (Váse.)

ESCENA XIII.

EL REY Y FEDERICO.

REY. Si el hombre, dijo un sábio, á ver llegara,
por mas que la ambicion le poseyera,
la fatiga interior, que el pecho altera
de un Rey que al bien de todos se prepara,
aunque la singular diadema rara
de todo el Universo á sus piés viera,
no solamente no se la pusiera,
sino es que por no verla se ausentára.
El laurel, que del cielo los rigores,
burla feliz: á las iras crueles
de la tierra deshoja sus verdores
en los régios magníficos doseles:
que aunque el laurel recrea con sus flores,
tambien tienen espinas los laureles.
¡Ah cielos! ¡cuán á mi costa,
si examino los sucesos,
de opinion tan verdadera
reconozco los aciertos!
Apenas el Rey mi padre,
mayor diadema adquiriendo,
de Ungría y de Transilvania
colocó en mi mano el cetro,

cuando sobre mí distingo
en contínuo movimiento,
negocios tan intrincados,
cuidados de tanto peso,
que en los sustos con que vivo
malogro lo que poseo.
Dejo á un lado, que sedienta
de sorberse el Universo,
la Puerta Otomana quiso
invadir todos mis reinos,
bien que sin fruto, pues cuando
logró mayores trofeos,
vino á ser en marcial choque
derrotada, y hasta el viento
castigó de sus banderas
los desanimados vuelos:
y voy á las graves dudas,
sustos, y desasosiegos,
que me cuestan los negocios
interiores de mi reino.
Yo blandamente inclinado
á las prendas, y talentos
de Federico, que supo
lugar hacerse en mi afecto,
no solo de mi corona
le fié todo el gobierno,
sino es tambien los arcanos
mas ocultos de mi pecho.
Él por otra parte, tanto
desempeñó sus empleos,
que no dejó á mis temores
ni aun el mas leve recelo.
Pero dijo bien un sábio,
tan prudente como esperto,
cuando dijo: que si un hombre
de otro hombre pudiera atento,
como por una vidriera,
ver del corazon el centro
nada viera, porque solo
al contemplarle tan lleno
de cavilaciones, fraudes,
engaños, y fingimientos,
ó se tapára los ojos,
ó se fuera de él huyendo.
Yo no ignoro, que la envidia
tiene solo por empleo
derribar á cuantos logran
algun superior asiento;
pero en el caso presente
no tiene entrada su empeño,
pues nadie sino Lidoro
su traicion ha descubierto:
y éste lo hace, movido
de su lealtad lo primero,
y lo segundo, del grande
cariño que yo le debo:
pues como... Pero parece
que en mis sentidos vertiendo
las suaves confecciones
de sus opios y veleños,
ladron apacible usurpa
sus ejercicios Morfeo.
Descansar pretendo un rato (Siéntase.)
en aquesta silla. ¡Oh sueño!
quién podrá eximirse, quién,
de las leyes de tu imperio,
si á tu potencia tributan
hasta los monarcas feudo.
(Duérmese y sale Federico.)

FED. Clara benévola estrella
del superior firmamento
mis intenciones dirige,
patrocina mis deseos,
pues sin ser de nadie visto
he llegado á este aposento.
El Rey al grave cansancio
rendido segun observo,
de la caza de esta tarde,
y del acidente fiero,
dormido se deja ver;
y pues á este sitio pienso
que nadie entrar puede, á causa
de estar cerrado por dentro,
y en quedarme en él oculto
nada por ahora arriesgo,
entre tanto que despierte
á este lado esperar quiero.
(Retírase á un lado y por el otro sale Lidoro.)

ESCENA XIV.

DICHOS Y LIDORO.

LID. Ya me brinda la fortuna
con el fin de mis intentos,
pues allí descubro al Rey
sobre una silla durmiendo.

FED. ¿Qué miro? Lidoro es este;
malogróse mi desvelo:
que no previniese yo,
que por razon de su empleo
tiene de estos cuartos llave?
¡ay mas infeliz suceso!

LID. Y pues no puede la suerte
proteger mejor mi arresto,
desnudo el puñal agudo
la cólera de mi pecho,
y dé principio su muerte
al logro de mis deseos.

FED. ¡Qué escucho, cielos divinos?
habrá mas aleve intento!
(Vá Lidoro á dar al Rey con el puñal, quítasele Federico, y teniéndole asido despierta.)

LID. Muera, pues.

FED. Traidor, aguarda.

LID. Suelta atrevido.

REY. ¿Qué es esto?

LID. ¿Qué ha de ser, Príncipe augusto?
lo que demuestra el suceso:
vos dormido, ese villano,

que hasta aquí vino encubierto,
con el acero desnudo
para herir vuestro real pecho:
y yo al mirar su traicion,
vuestra vida defendiendo.

FED. Señor... yo... sí...
REY. Calla, calla,
bárbaro monstruo sangriento:
ha de mi guardia, soldados:
Ola, Fabio, Julio, Aurelio.

ESCENA XV.

DICHOS, AURELIO Y PEREGIL.

AUR. Gran señor, ¿qué es lo que mandas?
PER. Gran señor; pero ¿qué veo?
¿mi amo aquí? ¿por dónde vino,
si yo ahora en casa le dejo?
él tiene ganas sin duda
de que le muelan los huesos.
REY. A la torre de palacio
llevad á ese traidor preso,
en donde á cuantos conspiran
contra mi vida y mi reino
escarmiente su cabeza.
PER. Eso es tirarle al degüello.
LID. De gran peligro he salido. (Aparte.)
AUR. Viva estátua soy del yelo;
pero para mí estos son (Aparte.)
de Lidoro fingimientos.
FED. Gran señor, de tus rigores
á tus piedades apelo:
oidme, señor, oidme.
REY. ¿Que aun tengas atrevimiento
para hablar? Ea, llevadle.
FED. No siento, señor, no siento
la injusta muerte, que aguarda
mi triste inocente pecho;
solo el corazon me parte
el llegar á ver (¡ah cielo
¡quién para inmensos dolores
raudales tuviera inmensos!)
que en esta ocasion, violando
de la clemencia los fueros,
oscurezcais, gran señor,
el blason de justiciero.
Vos, señor, á quien en tantas
lides, en tantos empeños,
ya en la córte gobernando,
ya en la campaña venciendo,
de mis lealtades heróicas
dadas tantas pruebas tengo:
solo por un leve informe
de toda verdad ageno,
y producido de quien
intenta... pero callemos,
que mas que mi labio esplique
pronuncia aquí mi silencio.
Vibrais las agudas flechas
de rigurosos decretos
contra una vida, que ha sido
escudo de laurel vuestro:
¿qué dirá el mundo, señor,
de tales procedimientos?
¿A quién os sirve celoso
castigo le dais por premio?
¿Con tan vil desconfianza
se pagan tan nobles hechos?
Ea, pues, volved en vos,
mi Rey, mi señor, mi dueño,
que venerando la tierra,
que hace vuestra planta cielo,
os pido, que deshagais
aqueste agravio á vos mesmo,
pues no debeis presumir
de hombre como yo ese yerro,
que soy quien soy, y jamás
desdecir de quien soy puedo.
¿Así me volveis la espalda,
airado el rostro y severo?
Muy cobarde es mi dolor,
pues no sofoca mi aliento.
En fin, señor, ¿qué respuesta
me dais, si es que la merezco?
REY. Que del haberos quedado
oculto en el aposento,
y del haber esgrimido
contra mi vida el acero,
luego que dormido estuve,
vuestra deslealtad infiero:
y así, poneos bien con Dios,
porque habeis de morir presto.
FED. ¡Ay de mí! que ya la suerte
contra mi vida echó el resto.
REY. Y á ese criado...
PER. ¿Qué escucho?
ahora me dá cordelejo.
REY. Aunque por cómplice infame
de los designios protervos
de ese traidor, merecia
para público escarmiento
colgarle de un árbol...
PER. Soga.
REY. O quemarle vivo...
PER. Fuego.
REY. No se le permita entrar
en mi palacio.
PER. Laus Deo.
Desde hoy me quedo en la calle,
mas ya en la plaza no quedo.
REY. ¡Ay Federico! ¡qué mal
mi cariño has satisfecho! (Váse.)
LID. Feliz he sido, celebre (Aparte.)
mi ventura el Universo,
pues si muere Federico,
ya seguro el laurel tengo. (Váse.)

ESCENA XVI.

Federico, Aurelio y Peregil.

Fed. ¡Ah traidor falso engañoso!
Aur. Venid, señor, y los cielos
sean testigos de cuanto
vuestras desventuras siento.
Per. Mas lo siento yo, que voy
á aprender oficio nuevo;
¡ay amo del alma mia!
Fed. Quita loco.
Per. Quito, cuerdo.
Fed. Aurelio, bien informado
estoy, del cariño vuestro,
y nadie como yo sabe
el enemigo que tengo:
mas pues, ya logra que pague
mi vida sus desaciertos,
calmarán de su codicia
los insaciables deseos;
el tiempo todo lo acaba.
Vamos, á morir, Aurelio,
que nada mi pecho altera,
pues semejantes sucesos
juegos son de la fortuna.
Per. Malditos sean esos juegos.
Fed. Ya el último parasismo
de mis trágicos sucesos
llegó: pero en vano, en vano
respiro quejas al viento,
pues sordos á mis suspiros,
ya son de bronce los cielos.
¡Ay del que nace del hado
á los rigorés espuesto!
¡Ay del que al solio se encumbra
para encontrar su despeño!
Y hay del que nace á ser trágico ejemplo,
que á la fortuna representa el tiempo! (Váse)

ESCENA XVII.

Peregil.

Per. Cátate aquí Peregil,
la salsa de lós gracejos,
hecho un pobre pelagatos
de un insigne caballero.
Esto es el mundo, mal año
para el pícaro embustero:
no quiero mas sinsabores,
yo retirarme de él quiero:
(Vase quitando lo que dicen los versos.)
A Dios, sombrero raido,
hombre de mucho desuello:
á Dios, peluquin peinado
con polvos de zapatero:
á Dios, militar vestido,
congregacion de remiendos:
á Dios, cortadora espada,
doncella, y no de estos tiempos:
á Dios, galas: á Dios, joyas:
á Dios, honras: á Dios, puestos;
que ya en despeño ha parado
de mi vida el desconcierto:
¡ay del que viene á este mundo
para no tener dinero!
¡Ay del que sube á un andamio
para estrellarse los sesos!
¡Y ay del que nace á ser cabo y sargento
de la sopa que dan en los conventos!

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Peregil *de pobre ridículo, con dos muletas, una pierna de palo, un parche en un ojo y una corcoba detras.*

Per. Socorran de dos en dos
á quien por no tener cobre
es pobre; pero en ser pobre
tiene todo el bien de Dios.
Den limosna con franqueza
á un marido sin fortuna,
que quedó tullido de una
destemplanza de cabeza.
Duélanse con fé sencilla
de una pierna nada tierna,
tan cortés, que á la otra pierna
hincando está la rodilla.
Asistan á un buen cristiano,
á quien un tumor de plomo
le virló tres dedos, como

por la palma de la mano.
Logre á todos compungir
esta corcoba de vino,
tan preñada, que imagino,
que está en dias de parir.
Lastímense del sonrojo
de un tuerto, que en una reja
le sacó el ojo una vieja,
porque hechó á una niña el ojo.
Mucha gente que lo tiene
vá, y viene donde estoy yó,
sin dárseme mas por lo
que vá, que por lo que viene.
Nadie me alivia cortés,
pues el hombre mas sencillo,
por no aflojar el bolsillo,
aprieta al punto los piés.
Ninguna aunque esté asomada,
tira un cuarto á mis porfias,
porque todos estos dias
la limosna anda tirada.
Reniego de la labor
con que mi sustento cazo
desde que cayó en el lazo
el bueno de mi señor.
Por mas chillidos que dan
mis voces en tal quimera,
no encuentro quien darme quiera
un tapa boca de pan.
Mejor es en tal quebranto,
para echar medio cuartillo,
tomar un hombre un platillo
del hoyo del campo santo;
y luego en las mañanitas
repetir para que den:
acordémonos del bien
de las ánimas benditas.
Pero sin causa á sentir
llevo esta vida gustosa,
porque el pedir una cosa
es que no hay mas que pedir;
pues si á decirlo me aplico
hoy en el mundo es sin freno
el fingirse malo, bueno,
y el hacerse pobre rico.
Lo primero, yo no dejo
paga á todo cuanto tomo,
porque el pobre es libre, como
el barraco de concejo.
Yo me levanto caliente
á las diez como hombre antiguo,
y al instante me santiguo
con dos cuartos de aguardiente.
A un garito mi fé baja,
donde muchos se entretienen,
y así que las cartas vienen
me meto al punto en baraja.
Dos tazas dan á la tuna
de caldo, y sopas por Dios,
y en demanda de las dos,
me voy corriendo á la una:
junto al galopin me emboco,
y que grito mucho escucho;
pero aunque yo grito mucho,
á mí me se dá muy poco.
Esta comida cogida,
otra mi desvelo agencia,
porque lo que es esta ciencia
la llevo yo ya comida.
Por la tarde con fervor
me voy al sol de los prados
á buscar á mis criados,
por ser todos de mi humor.
Ellos al verme de chanza,
me pican con mil desuellos,
y por eso yo con ellos
traigo una grande matanza.
Luego á casa mi destino
dirijo á cerrar el ojo,
y en el camino recojo
lo que encuentro de camino.
Ceno mucho, bebo bien,
y duermo á pierna tendida,
y ve aquí toda mi vida
por siempre jamás, amen.
Este dulce guirigay
mucho á mi genio conviene:
pero hácia aquí Aurelio viene,
hombre de bien, si los hay.
En él mi amo, allá en la torre,
no hay fineza que no encuentre;
y aun la plaza de mi vientre
de cuando en cuando socorre.

ESCENA II.

DICHO Y AURELIO.

AUR. Por aquí mi pecho ordena...
¿mas qué miro?
PER. ¡Linda flor!
AUR. ¿No es Peregil?
PER. No señor.
AUR. Pues ¿quién eres?
PER. Yerba buena.
AUR. Pues ¿quién sin piedad, ni fé
puso á yerba buena así?
PER. La mala que descubrí,
y la buena que pisé.
AUR. ¿Qué tumores tan fatales
son los que tienes hoy dia?
PER. Bultos que de noche cria
la humedad de los portales.
AUR. Pues ¿á qué fin, sin cuidado,
pusiste en ellos los piés?
PER. A buscar lo que despues,
me pesó de haber hallado.
AUR. ¿Y solo de tal ceguera,
sus males tu cuerpo roba?
PER. Todos menos la corcoba,

que esa se echa el cuerpo fuera.
AUR. ¿Pues si todos los demás
allí tu pena encontré,
cómo la corcoba no?
PER. Porque esa viene de atrás.
AUR. Y para que no se encone,
¿qué manda el médico, qué?
PER. Que estudie en los libros de
Salgado de Retentione.
AUR. ¡Pero que por tus locuras
padezcas tanto dolor!
PER. Dios le libre á usted, señor,
de tentaciones á oscuras:
mas pues, ya el hambre me altera,
y usted se muda á palacio,
ya hablaremos mas despacio.
A Dios, hijo.
AUR. Aguarda, espera.
PER. Usted me metió en su tropa,
no tiene que hacer acá,
y yo tengo de ir á la
oficina de la sopa.
AUR. ¿No quieres á tu amo ver,
que por tí me ha preguntado?
PER. ¿Cómo, si está mas cerrado
que cajon de mercader?
AUR. Yo conducirte prometo
á verle en desdicha igual;
pero esto ha de ser con tal,
que me guardes el secreto.
PER. ¿Secreto yo? no batallen,
que no puedo.
AUR. ¿Por qué no?
PER. Porque aunque le guarde yo,
está á pique que me le hallen.
AUR. Nada tienes que temer,
cuando yo soy quien te llamo.
PER. Pues si yo veo á mi amo,
me viene á mi Dios á ver.
AUR. ¿Qué en fin vienes?
PER. ¡Linda ropa!
AUR. Pues vamos juntos los dos.
PER. Vamos aprisa, por Dios,
que se acabará la sopa. (Vánse.)

ESCENA III.

FEDERICO, *de prision.*

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me vuelva á dar la vida.
Dulce muerte, á quien camino,
ven, si te apiada mi voz,
tan escondida y veloz
como mi desgracia vino;
así logrará el destino
ver su sentencia cumplida;
apresura, pues, la herida,
muerte, y suspensa quedes,
mas si tan veloz no puedes,
ven, muerte, tan escondida.
La muerte á mi mal esquivo,
que es solo el alivio infiero,
y así, el gozo de que muero
temo que me deje vivo:
por esto, ó muerte, percibo,
que oculta me hayas de herir;
y así cuando al dividir
tu segur mi corazon
venir te sienta, dispon
que no te sienta venir.
Al que la vida prefiere,
la muerte veloz ofusca,
solo la muerte no busca
al que la vida no quiere:
de esto una duda se infiere,
que nadie ha de decidir:
si en el mundo, á mi sentir,
consecuencia regular,
no es de vivir el pesar,
¿por qué el pesar de morir?
La suerte tirana, dura,
al que á ser infeliz llega,
hasta la muerte le niega,
porque sus males apura:
y como tanta ventura
es el conseguir su herida,
en tormenta tan crecida
recela mi dolor fuerte,
que el gozo de ver mi muerte,
no me vuelva á dar la vida.
¡Ay de mí! que mis suspiros
acrecienta mi dolor.

ESCENA IV.

DICHO Y PEREGIL.

PER. Señor, acá estamos todos:
alabado sea Dios
FED. ¿Peregil? ¡qué es lo que miro!
PER. Mudanzas del mundo son,
que juega con todos,
á lo de quita, saca y pon;
pues siendo ayer un marqués,
hoy un saca trapos soy.
Aprended flores de mí,
lo que va de ayer á hoy.
FED. ¿Pero quién, dime, ha causado
tus graves males?
PER. ¿Quién? yo,
pues hoy en dia, á Dios gracias,
mis males mis bienes son,
y con ellos paso una
vida de un corregidor.
FED. ¿Pues qué es eso de la pierna?
PER. Tramoya de elevacion.
(Arroja las muletas y empieza á correr.)

FED. ¿Qué es lo que haces?
PER. ¿Qué? volver
á las andadas, señor.
FED. ¿Y á qué vas á la ventana?
PER. A ver si soy corredor.
FED. ¿Y los dedos?
PER. Esa es otra.
FED. ¿Qué los has hecho, bufon?
PER. Ellos son los que me dan
la mano en tanta afliccion;
pues si supieran la mosca
que caza aquesta invencion,
tomarian el tener
menos dedos mas de dos.
FED. ¿Qué es eso de la corcoba?
PER. Es mostrar que mi intencion
no es recta; pero me vale
cada semana un doblon,
que aunque es mal que atrás se queda
jamás atrás se quedó.
FED. ¿Y el ojo izquierdo?
PER. Ese es
mi mayorazgo mayor:
ahí no es nada lo del ojo,
consérvemele el Señor:
pues despues que él no vió nada,
no vió nadie lo que él vió.
FED. ¿Y en qué estado está mi causa?
PER. Dicen, que de la prision
te sacarán brevemente;
pero será en procesion,
dirigiendo tu paseo
hácia la plaza Mayor,
porque en ella el verdugo,
que es un buen sastre por Dios,
eche en el aire un cuchillo
de tu garganta el calzon.
¡Ah! lleve el diablo al infame
pícaro revolvedor
de Lidoro, que es la causa
de toda aquesta funcion,
teniendo por qué callar,
y no ser un hablador.
FED. ¿Pues imaginas tú acaso
que Lidoro fué traidor?
PER. Mas que el conde don Julian,
que Bellido y Galalon.
FED. No atribuyas neciamente
á tan inclitico varon
mi desgracia, pues el cielo
es solo de ella el autor.
No hay en el terrestre globo
privanza tan superior,
que á las injurias del tiempo,
con indecible teson,
no se desvanezca sombra,
ó no se marchite flor.
Pensar que el brazo del hombre
puede hacer esto, es error,
pues para tan grande triunfo
débiles sus fuerzas son:
y cualquiera que lo mire
á la luz de la razon,
conocerá que interviene
en ello causa mayor:
esta es Dios, único móvil
de la humana variacion,
que eso de que la fortuna
tenga tal jurisdiccion,
el gentil puede creerlo,
pero el católico no.
Pues si aquesto reconozco,
¿por qué me he de quejar yo
de quien es el instrumento
de las máximas de Dios?
PER. ¿Pues si Lidoro no fuera,
estarias tú en prision?
FED. Sí, que si estaba del cielo
que pasase tal rigor,
en otro sugeto hubiera
recaido la eleccion.
PER. Una por una, él se dá
una vida de un señor,
siendo un pícaro belitre,
sucio, insolente, bribon,
que me tiene mas hambriento
que page de relator,
y como le coja...
FED. Calla.
PER. Mala muerte le dé Dios.
FED. No te alteres.
PER. Soy un diablo,
un Atila y un Neron.
FED. ¿No harás por mí una fineza?
PER. Esa es buena: ¿por qué no?
Sacaré un cuarto á un indiano,
engañaré á un impresor,
y daré muerte, si quieres,
al gallo de la pasion.
FED. Pues mira, yo conociendo,
no sin angustia y dolor,
la lentitud con que el Rey
trata mis negocios hoy
de escribirle un memorial
tengo la resolucion:
y porque á sus manos llegue
con seguridad mayor,
de tí valerme pretendo,
pues con tu chiste y tu humor
para ponerle en sus manos
no te faltará ocasion.
PER. ¿Y será cosa de que
en premio de tal favor
haga el verdugo en la plaza
con mi lengua un salpicon?
FED. No: que á nadie ofender puede
tan debida pretension:
y pues confiscados todos
mis bienes, no tengo hoy
mas que este diamante, él sea

premio de tan noble accion.
PER. Señor, yo...
FED. No me repliques.
PER. ¿Sí? pues venga á lo doctor.
FED. Ven, que en el cuarto de adentro
á escribir el papel voy.
Cielos, no quiero la vida
si no acrisolais mi honor. (Váse.)
PER. Vamos: de esta vez me prenden,
me zampan en un seron,
me ponen en una horca,
me lleva el diablo, y á Dios. (Váse.)

ESCENA IV.

LIDORO.

¡Qué mal descansa, cielos,
entre sustos, congojas y recelos,
quien brazo á brazo lidia
con el soberbio monstruo de la envidia!
y mas si, como yo, sufrir consiente
de la ambicion la hidropesía ardiente:
hoy la paz alterando en Alemania.
de Ungría al trono aspiro, Transilvania,
y aun para mi insaciable fuego aleve
es aquesta faccion trofeo breve,
hasta que logre mi rencor perverso
el laurel deshojar del Universo.
Todas las guarniciones
de las mas numerosas poblaciones
me prometen felices vencimientos,
y aun en la corte apoyan mis intentos:
solo me dá cuidado
el darle muerte al Rey determinado;
pues aunque por dos veces
lo pensaron lograr mis altiveces,
le libró Federico, honor del orbe,
mas ya no hay Federico que lo estorbe,
pues al impulso de mi informe falso,
en un funesto público cadahalso,
si el cielo su desgracia no remedia,
hará en el mundo la mayor tragedia.
Pero hasta aquí se ha entrado
de Federico aquel leal criado,
que por mi causa espuesto á mil injurias,
lleno está de desdichas y penurias:
de él pretendo valerme,
pues si una vez se empeña en protejerme,
segun la lealtad de su persona,
seguro tengo el cetro y la corona.

ESCENA V.

DICHO Y PEREGIL, *de pobre, sin muletas.*

PER. Si de este memorial salgo sin males,
me meto á conductor de memoriales;
por aquí... mas qué veo? ¡ay qué retablo!
á mí y al memorial nos lleva el diablo.
LID. Ven acá picaron.
PER. ¡Ah boca falsa!
LID. ¿Dónde andas, Peregil?
PER. Ando en la salsa,
y ahora traigo de tales turbaciones
sembrado el peregil en los calzones.
LID. ¿Qué males son aquesos?
PER. Son mis bienes.
LID. ¿Y en qué consiste el mal olor que tienes.
PER. En que mi fiel persona desgraciada,
si fué valida ayer, hoy es privada.
LID. Mira, ¿si yo te premio con largueza,
por mí querrás hacer una fineza?
PER. Como sea llevar algun billete,
ejercer el oficio de alcahuete,
citar á una muger á una hostería,
engañar á su madre, ó á su tía,
robar á un mercader con diligencia,
ó cosa en que no cargue mi conciencia,
desde luego me animo á tal intento;
mas si es algun pecado me arrepiento.
LID. Como tú diligente y cuidadoso
patrocines mis máximas celoso,
te he de hacer honbre.
PER. ¡Linda es la zozobra!
dias há que mi padre hizo esa obra.
LID. Quiero decir, que premiaré tu encargo
con ricas joyas y con un gran cargo.
PER. Pues como sea hurtar, al punto llego;
porque yo á casos de honra no me niego.
LID. Tendrás brio y aliento...
PER. Y aun recato.
LID. Para con un sutil puñal...
PER. Zapato.
LID. Quitar la vida al Rey.
PER. ¡Bella partida!
esta no es accion justa, ni debida.
LID. ¿Qué importa, si así logras el trofeo
de salir de miserias?
PER. Ya lo veo.
LID. Pues vaya.
PER. ¿Qué?
LID. Responde.
PER. ¡Hay tal postema!
hasta en el escupir gasto yo flema;
mas no daré respuesta á tal envite,
sin que primero me recapacite,
en si me darán tales funciones.
LID. Pues mientras yo discurro, esos salones,
lo que hacer determinas reflexiona,
mira que me va en ello la corona. (Váse.)

ESCENA VI.

PEREGIL.

Ahora bien, pues ya solos nos vemos,
este grave negocio consultemos:
supongamos que al Rey las vueltas cojo,
que le envaino el puñal, que cierra el ojo,

que se descubre el cuento en un instante,
que viene un alguacil y me echa el guante,
que á la cárcel me llevan, y me doman,
que luego allí la confesion me toman,
en la cual yo me turbo muy cobarde,
porque la suelo hacer de tarde en tarde:
bien que mi flojedad no se disculpa,
pues si no me confieso es por mi culpa:
que al degüello me tiran mano á mano
procurador, agente y escribano:
uno pide, otro chupa, otro dá prisa,
y entre todos me dejan en camisa:
que viendo que yo niego esto y esotro,
sin mas, ni mas me montan en un potro,
en donde, aunque mi voz sea muy lerda,
me hacen cantar por debajo de cuerda,
pues al sufrir dolor tan riguroso,
todo de arriba abajo me descoso:
que despues de esto, si el dinero cunde,
en paz me dejan, porque el pleito se unde,
pero si no, la causa sigue lista,
y que en fin llega el dia de la vista:
descúbrense los jueces sin compases,
hechos unos anases y caifases:
pregona el relator mi vida justa,
y si hay unto se come lo que gusta,
pues todo relator discreto y grave,
tiene mas que comer, si comer sabe.
Acábase la historia dura y fuerte,
y empieza un abogado de esta suerte:
señor, cuando el delito está constante,
no castigar al reo es mal sonante,
como dice Barbosa, Ruiz, Medina,
y Calderon en su Arte de Cocina:
el delito es notorio y bien sabido,
el reo está confeso y convencido:
ergo secundum legem de Mallorcam,
Peregilis colgabitur in horcam.
Luego habla mas ó menos mi abogado,
al tenor de la mosca que le han dado,
y dice, cuando un hombre bien nacido
del vino se comtempla poseido,
nada que él ejecute satisface,
porque no sabe entonces lo que hace:
y así Villegas en su Flos Sanctorum,
dijo: vinus est Pater Borrachorum:
que él estaba borracho caso es tierno,
porque es un lobo eterno y sempiterno:
ergo secundum practicam civilis,
debet soltari libris Peregilis.
Poco á poco, señor, que es desacierto,
así que cerró el ojo dijo el muerto,
que en juicio le oyó hablar: ergo sin jugis
est Peregilis reus de Verdugis,
que así lo trae Cervantes, por ley ancha,
vida de don Quijote de la Mancha:
que el borracho está libre afirman bobos,
Villaroel, Villalpando y Villalobos,
y que el muerto mintió dicen, si corres,
el Sarrabal y el Piscator de Torres.
El delito es probado; fué de prisa:
¿pues el Rey no murió? murió de risa:
reus matantis horcam mihi pringo,
nego, concedo probo sic, distingo, [escede
que un hombre de su ciencia, en que me
defienda á un reo que sudar no puede,
y deje al brazo Real, de cuyo aumento
puede esperar un buen corregimiento.
¿Y el alma, señor mio? linda calma,
que se la lleve el diabló: ¡qué buena alma!
Digo que estoy convicto, y por instantes
debe morir el reo, y cuanto antes;
pues segun Ponce, in párrafo candilis,
colgari merecetur, Peregilis,
eso me gusta: otorgo lege plena:
¿y el reo? que se ahorque: norabuena;
porque Angulo, Pilatos y otros trece
dicen, que lo bien hecho bien parece;
y así plenis cadenibus, y grillis,
prevengabitur horquis, campanillis.
Con que en limpio sacamos, sin rencilla,
que me zampan despues en la capilla,
y del mal de garganta que me plugo,
muero entre los calzones del verdugo,
pues no señor, no entiendo aquesa plaga,
mátele Dios, y buen provecho le haga.

ESCENA VII.

DICHO, LIDORO Y EL REY.

LID. Habiendo á los salones vuelta dado,
vengo á saber lo que has determinado
(Al paño el Rey.)
REY. A Lidoro seguir quiero constante,
que no sé qué me dice su semblante.
LID. ¿Qué es, pues, lo que tu voz dice y profiere?
PER. Que ahorcado muera yo si tal hiciere.
LID. ¿Con que dar muerte al Rey dudas?
REY. ¡Qué escucho!
PER. Si señor.
LID. ¡Ah cobarde!
PER. Pero mucho.
REY. ¿Cielos, habrá maldad mas conocida?
LID. Dale muerte.
PER. ¿Yo muerte? no en su vida,
LID. No es menester, traidor, que muy en breve
se la sabré yo dar.
REY. ¡Ah infiel, aleve!
LID. Pues un medio he pensado y discurrido
con que quede mi intento conseguido:
pero antes...
PER. ¡Ay de mi, que abre los ojos!
LID. Para que no me publiques mis arrojos
el secreto guardar tu vida cueste.
(Vá á darle y sale el Rey.)

ESCENA VIII.

DICHO Y AURELIO.

PER. Que me matan: ay, ay.
REY. ¿Qué ruido es este?
LID. De Federico ese traidor criado,
que á buscaros venia disfrazado,
con ánimo, señor, segun comprendo,
de quitaros la vida.
REY. Ya os entiendo:
y así, ola.
PER. Plegue á Dios que sordos sean:
cerca mi muerte está, pues que me olean.
REY. Ah de mi guardia. (Sale Aurelio.)
PER. ¡Ay cielos, qué apretones!
AUR. ¿Qué mandas, gran señor, ó qué dispones?
REY. A ese criado...
PER. Hoy muero de repente: (Dale el papel.)
dame este memorial por inocente.
REY. Para que á verme cada dia venga
dadle el mejor vestido que yo tenga.
PER. Vestido estés de perlas y diamantes,
de esmeraldas, topacios y brillantes,
desnudo del que tiene frenesíes
de llenar tu vestido de rubíes,
y vestido en el cielo halles tu nido,
sin que del diablo seas envestido.
REY. Basta, loco.
AUR. Venid.
PER. Ya voy sin dudas.
A seo Judas?
LID. Infame...
PER. Ahorcate, Judas. (Vánse.)
LID. Algo el Rey escuchó; mas por si acaso
á acelerar mis intentos paso. (Váse.)

ESCENA IX.

EL REY.

Qué turbado á Lidoro considero:
de su semblante su traicion infiero:
pero este memorial ver solicito: (Lee.)
dice así; gran señor, si vuestro invicto
pecho suavizar puede mi inocencia,
apresurad el fallo á mi sentencia,
que con valor mi espíritu la abraza;
solo temo el pesar que os amenaza:
pues vuestra muerte anuncio y pronostico
en perdiendo la vida: Federico. [los,
Ya no hay valor, ya no hay paciencia, cie-
para tantas congojas y recelos.
Lidoro aspira á mi laurel; perjuro
de Federico, vivo mal seguro:
y entre uno y otro mi temor advierte
el pálido semblante de la muerte.
Pero antes, pues soberbio lo repite,
que Lidoro se arroje y precipite
á cometer un crímen tan enorme,
de Federico es justo que me informe,
que de este aleve las traiciones sabe:
y pues de su prision tengo una llave,
con esta determino
ver si tales arcanos examino. [cias
¡Oh mundo, en tus grandezas mas propi-
qué amarguras no encubren las delicias!
(Váse.)

ESCENA X.

FEDERICO *en la prision* Y LIDORO.

FED. Pálido horroroso alvergue,
en cuyas sombras confusas
la melancólica noche
sus lobregueces estudia,
pues tu tenebroso centro,
de un vivo cadáver tumba,
con mudo silencio suele
dulcificar mis angustias,
que ya suaviza las penas
el que atento las escucha:
hoy mi voz... Pero quién pisa
aquesta mansion oscura?
(Sale Lidoro.)
LID. Quien de ella quiere ensalzaros
á la grandeza mas suma.

ESCENA XI.

DICHOS Y EL REY.

(Sale el Rey al paño.)
REY. Esta es la fúnebre estancia
que trágicamente ocupa
Federico: mas qué veo?
á cada paso mas dudas.
Lidoro en aqueste sitio?
¡qué intencion será la suya!
Pero pues no pueden verme,
quiero oir lo que consultan.
FED. Lidoro, pues á qué efecto
aquí tu anhelo me busca?
LID. Sepamos si estamos solos.
FED. Aquí á nadie hallar discurras,
porque un privado en cayendo
pocas visitas disfruta.
LID. Pues oid.
REY. ¡Dónde irán, cielos,
á parar tales preguntas!
LID. Airado el Rey, en venganza
de los agravios que juzga
que le habeis hecho, olvidando
con tirana ley injusta
los trofeos que le dieron
vuestra espada y vuestra pluma,
que en un público cadahalso
la vida os quiten promulga;

pero yo reconociendo
cuanto vuestro honor fluctua,
que el perder la vida un noble
ni le altera, ni le inmuta,
pidiéndoos perdon de todas
nuestras antiguas disputas,
vengo, no solo á libraros
de tan estrecha clausura,
sino á poner animoso
(¡ó logre su fin mi industria!) (Aparte.)
en vuestras sienes de Ungría
la imperial corona augusta;
para cuyo efecto solo
os pido me deis ayuda
para darle muerte al Rey,
que esto en tu valor se funda,
luego que la libertad
mi fineza os restituya.

Rey. ¡Para dar la muerte al Rey!

Fed. ¡Qué aquesto mi pecho sufra!

Lid. Pues teniendo en favor vuestro
del pueblo todas las turbas;
y yo á todos los soldados
de las plazas mas robustas,
fácilmente lograremos,
si protegeis mis industrias,
que, muerto el Rey, toda Ungría
su Monarca os constituya.

Rey. ¡Habrá intencion mas villana,
mas aleve, mas injusta!
Pero oigamos que responde
Federico á la consulta.

Fed. Lidoro, antes que mi labio
mi resolucion descubra,
¿á cuánto yo preguntáre
dareis respuesta?

Lid. Eso dudas?
albricias, que segun veo, (Aparte.)
á mi dictámen se ajusta.

Fed. Pues decidme: ¿no sabéis
que la sangre que me ilustra
de verdes laureles ciñe
su anciana pompa difunta?

Lid. ¿Quién podrá negaros cosa
que todo el mundo pronuncia?

Fed. ¿Desde que ocupé el empleo
que ocasiona mis angustias,
no he servido á la corona
con la integridad mas pura?

Lid. Tanto, que no hay en el reino
pobre, huérfano, ni viuda,
que vuestra ausencia no llóre
por el mal que les redunda.

Fed. ¿No he manchado el esplendor
de las otomanas lunas?

Lid. Ellas lo digan, pues yacen
pálidas, tristes y mustias.

Fed. ¿Cuándo á Soliman prendí,
fué cómplice de su fuga
mi cuidado?

Lid. No por cierto.

Fed. Y decid, ¿no fué cordura
recoger mis tropas, viendo
que la noche nos circunda?

Lid. Es claro, mas porque á nadie
atribuyais la calumnia
de esa accion (ya nada pierdo
en descubrir mis industrias,
pues antes así le animo (Aparte.)
á que á mi fin se reduzca)
yo fuí quien, por ascender
de vuestro empleo á la altura,
os supuse aquese crímen,
que vuestras glorias deslustra,
con una carta fingida,
que tuvo el Rey por segura.

Rey. ¡Ah vil Lidoro, qué tarde
reconozco tus astucias!

Fed. El dia que despeñado
cayó el Rey en la espesura
del bosque, no dí yo muerte
al caballo?

Lid. Quién lo duda?
y mas si añades que el tiro,
que al soberbio bruto asusta,
iba encaminado al Rey
por órden mia.

Rey. y Fed. ¡Qué escucha
mi pecho!

Lid. Y por no acertarle
todo mi intento se frustra,
como tambien, cuando luego
le dejó vuestra ternura
sobre aquella peña, yendo
á una fuente tersa y pura
á buscar agua, que entonces
darle la muerte procura
mi rabia; mas vuelto en sí
mi pretension disimula.

Rey. ¡Qué estuviese yo tan ciego
que no echase de ver nunca
de aqueste traidor villano
las intenciones perjuras!

Fed. Ultimamente, decidme,
¿cuándo aquella noche mustia
estaba durmiendo el Rey,
quise yo matarle?

Lid. Nunca.

Fed. ¿Pues quién?

Lid. Yo, que con su muerte
labrár pensé mi ventura.

Rey. Hasta aquí pudo llegar
la ostinacion mas sañuda.
¡Ah Federico, qué oprobios
has padecido sin culpa!

Fed. ¿Con qué todo cuanto he dicho
es evidente?

Lid. No hay duda.

Fed. ¿Pues cómo quieres, Lidoro,
que quien de sangre tan pura,

de tan ilustre ascendencia
altos blasones disfruta;
que quien espuesto á los tiros
de la envidia y la calumnia,
en defensa de su Rey,
de su patria y la honra suya,
á la frente de sus tropas
blandiendo la espada aguda,
dejó la muerte cansada
de cortar gargantas turcas:
y en fin, que quien inocente
de las ofensas y culpas,
que le han supuesto ha vivido
con penas, sustos y angustias
ya en afrentosos destierros,
y ya en prisiones oscuras,
sin que jamás respirase
ni una queja con ser justa,
se precipite alevoso
á la maldad mas impura,
que es dar la muerte á su Rey,
de Dios retrato y figura?
Y agradece á las prisiones,
que mi valor descoyuntan,
el que sin castigo vuelvas
de tu infame vil conducta,
que si no, viven los cielos,
que en venganza de la injuria,
que me haceis en presumir,
que es capaz vuestra locura
de inclinar á tal delito
la lealtad que me ilustra,
os hiciera mas pedazos
que arenas el mar inunda.

Rey. ¡Ah fiel amigo! tu nombre
la fama en bronces esculpa.

Lid. Pues para que en tiempo alguno
reveles lo que rehusas
ejecutar este acero
que mi cólera desnuda,
ahora que estás indefenso
te daré muerte señuda.
(Al ir á darle sale el Rey y le quita el puñal.)

Rey. Aguarda, traidor, detente.

Lid. Estatua he quedado muda.

Fed. Qué es lo que veo?

Rey. Soldados.

ESCENA XII.

Dichos, Aurelio y Peregil, *de gala.*

Aur. Señor, qué es lo que promulgas?

Per. Señor? ¡mas qué es lo que miro!
buena está la baraunda.
Qué á este pícaro no acáben
de sentarle las costuras?

Rey. Llevad á ese traidor preso,
y un cadahalso se construya,
que hoy ha de ser su cabeza
desagravio á tanta injuria.

Lid. ¡Ay de mí!

Per. Me alegro mas
que si fuera suegra suya.

Rey. Y tú, Federico amigo;
de mis imperios columna,
llega á mis brazos, y en ellos
á mi afecto disimula
el grave crímen, que tanto
mi leal corazon angustia,
de creer que en tí pudiese
haber ni aun sombra de culpa,
que yo al mirar, aunque tarde,
de cuanto tu lealtad triunfa,
disipando torpes nieblas
de maliciosas calumnias,
no solo cuantos empleos,
honras, y grandezas sumas
gozabas te restituyo,
sino es que en memoria justa
del lugar que en mi cariño
hoy tus méritos ocupan,
gran Condestable de Ungría
mi Magestad te intitula:

Fed. Bien, señor, en tantas honras,
mostrais que soy vuestra hechura.

Aur. Digno premio á sus hazañas.

Per. Reparen, por vida suya,
qué maldita cara tiene
el primo carnal de Judas.

Rey. Ea, qué aguardais? llevadle,
y la sentencia se cumpla.

Fed. Gran señor, si acaso pueden
merecer vuestra ternura
la púrpura derramada
en tantas marciales luchas,
las escelentes victorias
que mi brazo reditúa;
y en fin, las grandes fatigas,
y las mortales angustias
que he padecido, mirando
que mis hazañas se ocultan,
que mis méritos se olvidan,
que mi valor se calumnia,
que mi lealtad se ofende,
y se ultraja mi conducta,
que á Lidoro perdoneis
os suplico.

Per. ¡Ay qué locura!
pues no es mejor que le cuelguen,
ó que le echen una ayuda?

Aur. Calla, loco.

Rey. ¿Federico,
qué es lo que tu voz pronuncia?
¿pues cómo, á quien desluciendo
los blasones que te ilustran,
por medio de sus villanas
cavilosas imposturas,
ha sido causa y orígen
de tus adversas fortunas,

quieres librar del castigo
que á sus traiciones se ajusta?

FED. Como él ha sido, señor,
el que entre tantas angustias
acrisoló mi lealtad,
que hoy resplandece mas pura,
pues aunque tan tarde vos,
en las sombras que os ofuscan,
habeis, señor, conocido,
porque nada el cielo oculta,
la rectitud de mis obras,
mas vale tarde que nunca:
y así á vuestros piés rendido,
asilo del que los busca,
os pido le perdoneis
el desacierto y la injuria
de haber, señor, conspirado
contra vuestra vida augusta:
que yo, por lo que á mi toca,
su agravio es razon que supla,
pues por él he conseguido
que mas mi lealtad luzca.

REY. ¿Qué me podrás tú pedir
á que yo me niegue nunca?
Ya la gracia de la vida
mi Real pecho le asegura.

LID. Señor, por mas que este dia
mi vergüenza me confunda,
mis obras os dirán cuanto
mis dictámenes se mudan.
Y á vos, Federico, el alma
á vuestros piés contribuya
por tan heróica fineza
dignas de alabanzas justas.

PER. ¡Qué lástima es no meterle
un rejon por la asadura!

FED. Alzad, que á mi cargo queda
cuidar de vuestra fortuna:
y á vos, Aurelio, los brazos
cariñosos os descubran
cuanto interesarme pienso
en todas vuestras venturas.

AUR. La mayor que logro es ver
que vuestra inocencia triunfa.

REY. ¡Ay Federico, ay amigo,
sol de la lealtad mas pura,
tarde vino el desengaño!

FED. Mas vale tarde que nunca.

PER. Digo, y á mí que por ese
cara de tapon de cuba
he sido cuatro semanas
sobrestante de la tuna,
qué me han de dar?

REY. Mil ducados.

PER. Mil ducados? Esa es zumba,
pues con uno solo hay hombre
que oro bate y plata acuña.

TODOS Y José Julian de Castro
un vitor humilde busca,
pues aunque tardeis en darle,
mas vale tarde que nunca.

COMEDIAS DE HOMBRES SOLOS.

	Actos.	Hombres.
Acrisolar el dolor por el mas filial amor........................	3	7
Convidado de piedra..	2	6
Inocencia triunfante..	2	4
Mas heróico español..	3	5
Mas justo rey de Grecia......................................	3	6
Perder el reino y poder por querer á una mujer..................	1	6
Restaurar por deshonor ó restauracion de España................	1	6

SAINETES.

Burla del posadero..	4
Cena de Carnaval..	5
Don Marcelino el letrado..	5
Eleccion de novios..	6
Estudiante burlado ó licenciado Candonga...........................	6
Fiesta del lugar en Navidad..	4
Gato y la montera...	4
Médico en el lugar y la sordera....................................	4
Por engañar engañarse ó el hostelero hurlado........................	4

COMEDIAS DE HOMBRES SOLOS.

	Actos.	Hombres.
[illegible]	5	7
[illegible]	2	6
[illegible]	2	4
[illegible]	3	5
[illegible]	3	6
[illegible]	1	6
[illegible]	3	6

SAINETES.

[illegible]